

## Capítulo 164 - Rojo y blanco

Todavía dentro del garaje, la atmósfera era tensa y pesada, aunque no tan intensa como la que acababa de sentir Vergil.

"¿Hm?", preguntó, ladeando ligeramente la cabeza y entrecerrando los ojos. El aura demoníaca de Zafiro estalló como una tormenta incontrolable, tan intensa que pareció atravesar las barreras del espacio. Algo iba muy mal.

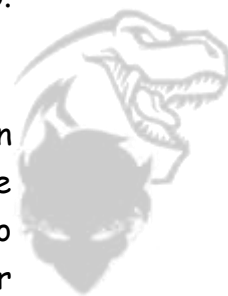
Virgilio se giró lentamente hacia las tres mujeres que lo acompañaban. Sus expresiones eran de lo más claras: el miedo las había dominado por completo.

Katharina, normalmente tan segura de sí misma, ahora parecía pálida como un fantasma. Su mirada estaba fija en un punto distante, pero era evidente que su mente estaba procesando algo terrible. Ada, que solía usar el sarcasmo como escudo, se quedó paralizada, mientras que Roxanne parecía luchar por mantener el equilibrio.

Vergil frunció el ceño. «Tú...», empezó a hablar, pero lo interrumpió la voz vacilante de Katharina, la primera en romper el silencio opresivo.

"Alguien... al nivel de mi madre..." Las palabras salieron temblorosas, y sus ojos finalmente se encontraron con los de Vergil. Él pudo ver el profundo miedo que intentaba contener.

Ada finalmente parpadeó, pero parecía incapaz de disimular su nerviosismo. "Esto... no es solo Zafiro, ¿verdad?"





"Definitivamente no", respondió Roxanne en voz baja y grave, como si intentara no llamar la atención sobre lo obvio. "Esa presencia... es extraña..."

Vergil se cruzó de brazos, con la mirada sombría. Conocía parte del poder de Zafiro, pero esto... esto era algo más. Podía sentir cómo el calor se intensificaba, e incluso a la distancia, la vibración energética le erizaba el vello de la nuca.

"Está dentro de una barrera, pero... puedo sentirlo todo..." murmuró nervioso, con las manos frías y húmedas.

Volvió la cabeza lentamente hacia Katharina, que temblaba ligeramente. «Katharina, ¿dices que hay otro demonio primordial aquí? ¿Algo así como tu madre?», preguntó finalmente, con voz firme, pero con un matiz de incredulidad.

Katharina dudó, pero asintió. «Sí... e incluso diría que es comparable. Esta aura... es menos opresiva, pero es muy similar a la suya... Algo que no deberíamos sentir en el mundo humano».



Ada, recuperándose lo suficiente como para formar una frase coherente, se cruzó de brazos y miró preocupada a Vergil. "¿Qué demonios está pasando? ¿Contra quién pelea Zafiro?"

"No lo sé... pero...", murmuró Vergil, extendiendo sus alas negras. "Estoy deseando descubrirlo por mi cuenta. Voy a ir primero", dijo, lanzándose hacia Zafiro como un rayo.

Mientras Vergil cortaba el aire a una velocidad impresionante, sus alas negras se estiraban contra el cielo cada vez más oscuro.



No pudo evitar notar los cambios que lo rodeaban: densas nubes se formaban en caóticos remolinos, relámpagos cruzaban el horizonte y vientos violentos comenzaban a convertirse en ciclones que destruían todo a su paso.

Era como si la naturaleza misma reaccionara a las fuerzas en conflicto.

Vergil miró hacia el cielo, donde el azul había dado paso al negro absoluto, interrumpido solo por breves destellos de luz.

«Esto no es normal. Nunca había visto algo así...», pensó, con la expresión cada vez más sombría. Sintió como si la propia realidad se estuviera desgarrando, luchando por resistir las fuerzas que estaban a punto de colisionar.

Intentó concentrarse en las auras. La primera era inconfundible: Zafiro Agares. Su presencia opresiva se extendía como una tormenta de destrucción. Había sentido su poder antes, pero ahora... parecía que estaba más allá de cualquier límite que jamás hubiera presenciado. Cada aleteo de sus alas llevaba una fuerza que hacía vibrar el aire a su alrededor.



Pero el otro... Vergil no sabía de quién era, y, aun así, le resultaba extrañamente familiar. No poseía la frialdad calculada de Zafiro, pero exudaba algo que mezclaba majestuosidad con una energía desconcertante, vivaz y casi irónica.

"Esto... es extraño", murmuró, con el corazón latiendo un poco más rápido. Intentó apartar los pensamientos que le asaltaban, pero cuanto más se acercaba, más claro se volvía el rastro de esa aura.

Vergil respiró hondo mientras avanzaba más rápido, sus alas cortando el aire como cuchillas mientras se abría paso contra la creciente tormenta que lo rodeaba. La presión atmosférica aumentó, el calor del aire tensó sus



músculos, pero siguió adelante. Sabía que estaba cerca, más cerca a cada segundo.

Luego se detuvo abruptamente.

Su mirada se fijó en el edificio que tenía delante, el mismo donde su madre dirigía la empresa de Sapphire. Por un instante, el tiempo pareció detenerse. La barrera de energía latía alrededor de la estructura, intensa y casi asfixiante. No solo era poderosa; era algo que parecía diseñado para separar ese lugar del resto del mundo.

"Mi madre...", murmuró Vergil, con la mente dando vueltas. Una avalancha de pensamientos inundó su cabeza, cada uno más preocupante que el anterior.

Zafiro siempre había tenido claros los peligros de su mundo. Proteger a Felicia era una prioridad absoluta, una forma de borrar cualquier rastro que pudiera atraer viejos enemigos o despertar recuerdos olvidados. Había tomado medidas extremas, incluso asignando a Viola, una de sus agentes más letales, la tarea de proteger a su madre desde las sombras.



Pero ahora, frente a esta tormenta de poder y destrucción, Vergil sólo podía pensar en una posibilidad: alguien lo había descubierto.

«Atacaron a mi madre...», pensó, mientras la situación se formaba con claridad en su mente. «Viola intentó protegerla, pero fracasó. Se vio obligada a llamar a Zafiro para pedir ayuda».

Su corazón se encogió al imaginar a Felicia, vulnerable, en su mente. Aunque era una mujer llena de misterios y secretos, sobre todo, era su madre. El único vínculo que tenía con una humanidad que nunca había abrazado del todo.



Vergil apretó los puños, su mirada se oscureció al tiempo que el aura que lo rodeaba comenzaba a latir. Sabía que no podía quedarse allí parado, atrapado en suposiciones. Si su madre estaba en peligro, debía actuar. Ya.

"Quienquiera que sea..." murmuró en voz baja y sombría. "Pagarán por esto".

Con un solo movimiento, sus alas negras batieron con fuerza, y Vergil se lanzó como un rayo hacia el edificio. La energía a su alrededor era abrumadora, y con un gesto preciso, abrió un portal, desgarrando la dimensión con su energía demoníaca pulsante. El espacio se retorció a su orden, creando un pasaje directo al epicentro del caos.

Cruzó, su cuerpo envuelto en poder, listo para enfrentar cualquier amenaza, pero lo que vio del otro lado fue... indescriptible.

"¿Qué... es esto?" Vergil se quedó paralizado por un instante; la escena ante él era tan absurda como imposible de procesar.



¡JAJAJAJA! ¡VEN A POR MÍ, PATÉTICA Y SIN AMOR! —rugió Zafiro con una sonrisa desquiciada mientras atacaba con brutal ferocidad. Su lanza ardía con pura energía, cortando el aire como un trueno al cargar.

Al otro lado: Felicia. Su madre. La mujer que siempre conoció por su elegancia y serenidad... ahora completamente desquiciada. Con una sonrisa igualmente desquiciada, bloqueó los ataques de Zafiro con su bastón; la energía a su alrededor latía en vibrantes tonos rojos.

¡KAKAKAKA! ¿SIN AMOR? ¡MI HIJO ME AMA CON TODO, RAMERA USURPADORA! —gritó Felicia, con la voz cargada de burla mientras desviaba cada golpe con una precisión exasperante.



Las dos mujeres se enfrascaban en una batalla tan feroz como caótica, y el espacio a su alrededor parecía deformarse bajo la presión de sus auras. Cada choque entre la lanza y el bastón generaba explosiones de energía que agrietaban las paredes y sacudían el suelo con violencia.

Vergil parpadeó lentamente, intentando procesar lo que veía. Abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras. Su madre y Zafiro luchaban como... ¿gladiadores en una arena de odio personal?

¡Esta vieja lanza no me intimida! —se burló Felicia mientras esquivaba otro ataque mortal de Zafiro—. ¿De verdad creías que podías igualarme, maldita perra?

"¿UNA SEGUNDA CATEGORÍA?" Zafiro explotó, con la voz llena de furia mientras cargaba de nuevo, con los ojos ardiendo como brasas incandescentes. "¡TE CALLARÉ PARA SIEMPRE, RELIQUIA ENGAÑOSA!"

Vergil finalmente recuperó la voz. "¿QUÉ DEMONIOS PASA AQUÍ?!", gritó, con su aura estallando al acercarse, separándolos de un solo golpe de su katana.

La fuerza del movimiento creó una oleada de energía que empujó a ambos combatientes hacia atrás, haciendo temblar aún más las paredes a su alrededor. Felicia aterrizó con gracia, arreglándose el cabello como si nada hubiera pasado.

—¡Hijo! —dijo alegremente, como si no hubiera estado a punto de arrancarle la cabeza a Zafiro un segundo antes—. ¡Me alegra tanto que estés aquí, querido! Esta... cosa... necesita que le enseñen algo de honor. ¡Es una sucia zorra!

Zafiro, por otro lado, parecía a punto de estallar. "¡ES MI MARIDO! ¡RELIQUIA INFERNAL! ¿CON QUIÉN CREES QUE ESTÁS HABLANDO?"

